



Ciencia Ergo Sum

ISSN: 1405-0269

ciencia.ergosum@yahoo.com.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Collazo Odriozola, Jaime

La intervención anglo-francesa en el Río de la Plata entre 1847 y 1851. Un intento frustrado

Ciencia Ergo Sum, vol. 14, núm. 2, julio-octubre, 2007, pp. 135-140

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=10414203>

- ▶ [Cómo citar el artículo](#)
- ▶ [Número completo](#)
- ▶ [Más información del artículo](#)
- ▶ [Página de la revista en redalyc.org](#)

 redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La intervención anglo-francesa en el Río de la Plata entre 1847 y 1851.

Un intento frustrado

Jaime Collazo Odriozola*

Recepción: 28 de junio de 2006

Aceptación: 16 de febrero de 2007

*Facultad de Humanidades de la UAEM.
Correo electrónico: santi20ca@yahoo.com.mx

Las fuentes bibliográficas para este tema tuvieron auge entre los años cuarenta y setenta del siglo pasado. A partir de la década iniciada en 1981 no se han publicado trabajos originales, basados en fuentes primarias, algo que suele ocurrir muy frecuentemente. La última publicación en referirse al asunto es la dirigida por Leslie Bethell y editada originalmente por la Universidad de Cambridge en 1985. El libro de John Lynch (1984). *Juan Manuel de Rosas*, Emecé, Buenos Aires, no figura porque no aporta nada nuevo sobre el tema que nos ocupa.

Resumen. En la quinta década del siglo XIX, Gran Bretaña y Francia intervinieron en el conflicto entre los bandos políticos hegemónicos en el Río de la Plata, asumiendo la defensa del gobierno de Montevideo, recluido en los límites de la ciudad. El enfrentamiento era con los federales, particularmente con el gobierno de la ciudad de Buenos Aires y los encargados de las Relaciones Exteriores de las provincias argentinas, encabezado por Juan Manuel de Rosas, quizá la figura más controvertida en la historia de la región. El artículo busca plantear que si bien de todas formas fue una resonante victoria del gobierno bonaerense, no deben olvidarse otras diferencias y motivos de fricción entre los interventores, lo cual debilitaba su accionar en la zona.

Palabras clave: intervención, imperialismo, acuerdos, internacional, coacción.

The Anglo-French Intervention in the Plata River between 1847 and 1851. A Frustrated Attempt

Abstract. In the fifth decade of the XIX century, Great Britain and France intervened in the conflict between hegemonic political sides in the Plata River, assuming the defense of the government of Montevideo, interned within the limits of the city. The confrontation was with the federals and, particularly, with the government of the city of Buenos Aires and with the representatives of the Ministry of Foreign Relations of the Argentine provinces, headed by Juan Manuel de Rosas, perhaps the most controversial figure in the history of the region. This article tries to show that although in any case it was a resonant victory for the government of Buenos Aires, it should not forget other differences and reasons of friction between the interveners, which debilitated its performance in the zone.

Key words: intervention, imperialism, agreements, international, duress

Introducción

Durante la quinta década del siglo XIX la situación política y militar en el Río de la Plata se había complicado excesivamente. Se vivía la etapa, muy generalizada en América Latina, entre la separación de monarquías europeas y la consolidación de países donde la nacionalidad era muy frágil, a pesar de los esfuerzos de los grupos gobernantes respectivos. Veámoslos uno por uno.

1. Las Provincias Unidas del Río de la Plata

Argentina había vivido la polarización política entre las aspiraciones hegemónicas del puerto de Buenos Aires y los deseos autonomistas de las provincias. Los territorios del interior tampoco habían alcanzado un acuerdo entre ellos; los intereses regionales no siempre podían armonizarse adecuadamente. El modelo de organización económica aspiraba a una intensa relación comercial con los

países más adelantados en los procesos de industrialización. Para los intercambios marítimos, Buenos Aires disfrutaba de una ventaja considerable y evidente. En el litoral, sólo Santa Fe contaba con un puerto fluvial relativamente importante: Rosario. Sin embargo, los europeos no hallaban cómodo internarse por el río Paraná, no solamente por razones estrictas de navegación, sino también por las dimensiones de ambas ciudades y la importante colonia europea residente en la primera. Culturalmente, la comunicación era más fluida con los porteños,¹ mucho más acostumbrados a tratar con europeos e incluso, a viajar a ese continente.

Esa polarización se había materializado en la formación de dos partidos: unitarios y federales, identificados, a grandes rasgos, con los intereses de Buenos Aires y de las provincias, respectivamente. Presentada tradicionalmente como una división política, tenía raíces mucho más profundas en la economía, la organización social y las tradiciones culturales. Buscando eludir esa división política surgen los federales porteños, de los cuales, Juan Manuel de Rosas era la figura más influyente. Empero, las otras variables pesaban demasiado como para ser soslayadas tan fácilmente. Evitar el dominio del puerto hubiera requerido un modelo cultural y económico completamente diferente, ausente de los discursos de la época.

2. La República Oriental del Uruguay

El único puerto alternativo al de Buenos Aires pudo haber sido Montevideo. La ausencia de esfuerzos de los gobiernos unitarios para retener la Banda Oriental, muy posiblemente buscara evitar esa posible competencia. Con el mismo criterio, tampoco aceptaron incorporar el Alto Perú, con puertos más cercanos para todo el noroeste y las pro-

vincias andinas. Esa decisión ayudó a marcar el destino de Bolivia, porque en la segunda mitad del siglo, cuando perdió su costa sobre el Océano Pacífico, quedó sin conexión directa con los centros industrializados.

Uruguay se había dividido internamente de la misma forma que las otras Provincias Unidas del Río de la Plata; allí los federales tomaron el nombre de ‘blancos’ y sus adversarios el de ‘colorados’. A finales de 1843, guerras civiles endémicas condujeron al dominio blanco de la campaña, encerrando a los colorados en la capital. Los primeros instalaron su gobierno en una elevación cercana al puerto, conocida como “El Cerrito”. “Gobierno de la Defensa” es la designación histórica para el instalado en Montevideo. El gobierno de Rosas apoyó a los blancos, por lógica la capital uruguaya fue el refugio de muchos unitarios argentinos. No permitir el dominio federal de ambos puertos fue la meta de los unitarios y sus aliados europeos, fundamentalmente Inglaterra y Francia. Ambas potencias apoyaron la resistencia montevideana.

A diferencia de lo ocurrido en otras partes del continente, en ambas márgenes del Plata, Francia e Inglaterra siempre tuvieron más afinidad con los unitarios-colorados, futuros liberales. Esta situación se agravó cuando Rosas, en su segundo gobierno (1835-1852), adoptó ciertas medidas restrictivas hacia los comerciantes y productos europeos, las cuales fueron consideradas como defensoras del interés nacional por historiadores nacionalistas.

3. El Brasil

El Imperio del Brasil, añorando la larga década en que la Banda Oriental estuvo bajo soberanía luso-brasileña, entre 1816 y 1828, también intervino en reiteradas ocasiones.

En 1831, tras la abdicación de don Pedro I, la minoría de edad del heredero obligó una regencia. Sobresaltado por varios alzamientos y movimientos separatistas, ese gobierno provisional maniobraba para recuperar y retener la provincia más austral: San Pedro de Río Grande del Sur. Con clima, tradiciones y renglones productivos diferentes a los de la mayor parte del territorio imperial, era un baluarte del liberalismo y el federalismo. Un levantamiento contra el poder central en 1835, derivó en el intento más serio de separación, sosteniendo la rebelión durante una década. Aun luego de terminada, algunos caudillos políticos riograndenses continuaron buscando acuerdos con Uruguay y dos provincias del litoral argentino: Entre Ríos y Corrientes, con el propósito de formar otro estado federal en la región.

Así se inicia una intervención anglo-francesa duramente calificada por todos los historiadores del Río de la Plata y hasta por alguno de los protagonistas ingleses.² Apremiados

1. En el Río de la Plata, la palabra “porteño” identifica a los habitantes de la ciudad de Buenos Aires.

2. Palmerston escribió al embajador en París: “Lo cierto es, si bien esto debe quedar entre nosotros, que el bloqueo francés y británico del Plata ha sido ilegal desde el primer momento. Peel y Aberdeen siempre han declarado que nosotros no estábamos en guerra con Rosas; pero el bloqueo es un derecho de beligerancia y, a menos de estar en guerra con un Estado, no se tiene el derecho de impedir la entrada a sus puertos de barcos provenientes de otros estados ni tampoco se le puede impedir a nuestros barcos mercantes. Creo que es importante, a fin de legitimar con carácter retroactivo las operaciones de bloqueo, cerrar este asunto con un tratado de paz entre ambas potencias y Rosas” (Cady, 1943: 229) y el conservador Aberdeen, frecuentemente ubicado como principal responsable de la política británica durante ese periodo, escribió: [...] después de derramar mucha sangre le [hemos dado al general Rosas] justos motivos de queja contra nosotros [...] (Ferns, 1966: 255).

por encontrar solución al problema, los gobiernos británicos enviaron cuatro mediaciones sucesivas a Buenos Aires. En la última se desligaron de sus aliados y concluyeron la paz por separado. Solos y con crecientes gastos, en corto tiempo los franceses debieron hacer lo mismo.

4. La *Entente Cordiale*³

Los historiadores regionales, muy particularmente los nacionalistas argentinos, han destacado hasta la saciedad la trascendencia de haber derrotado a dos de las principales potencias económicas y militares europeas de la época, soslayando otras diferencias en juego, ajenas a la región, que debilitaban la armonía entre ellas, impidiéndoles concentrar toda su energía en el objetivo de imponerse al gobierno de la Provincia de Buenos Aires. De todas maneras, no deja de ser significativo el triunfo, pero las siguientes consideraciones ponen de manifiesto un matiz diferente al acontecimiento. Esas diferencias abarcaron una gama de conflictos, con asiento en regiones muy diversas y alejadas del continente sudamericano, con tanta o más importancia para ellas, que sus rivalidades con el gobernador porteño y encargado de las relaciones exteriores de las otras provincias.

Previo a la intervención, el entendimiento había sido roto y ambos países habían estado cerca de la guerra. Luego, el comienzo de la intervención se demoró por desavenencias entre ellos. Esa demora tenía raíces en los intereses de ambos protagonistas y los choques de allí derivados. En la última década, por lo menos cinco fueron los puntos de fricción entre las dos potencias en diversas partes del mundo.

Primero. El más antiguo estaba referido a la hegemonía en el Mar Mediterráneo. Allí habían hecho su aparición los franceses en 1830 y para la década de los cuarenta continuaba luchando contra el líder Abd-el-Kader, apoyado desde Marruecos. Durante siete años el gobierno francés no definió su situación tras la toma de Argel. Esa demora ha sido atribuida a la necesidad que tenía el gobierno de Luis Felipe de armonizar sus acciones con Inglaterra hasta tanto se calmaran los coletazos de las revoluciones europeas de 1830 (Renouvin, 1964:90). Cuando proyectaban bombardear los puertos marroquíes, Inglaterra dio a conocer de inmediato sus intenciones de no permitir el avance de la expansión gala por esa zona, considerando la acción como un intento por extender la influencia francesa en el norte de África.

Ese diferendo involucró a ambos países en las disputas dinásticas de los países ibéricos, en los últimos años de la década de los treinta y cuarenta. En un primer momento los británicos tomaron la delantera, tanto en España como en Portugal.

El asunto de los matrimonios con las “herederas” españo-

las, relacionado con la influencia en el Mediterráneo occidental fue una tormenta en un vaso con agua. Si bien el asunto implicaba las posibilidades de Francia de obtener importante control en el Mediterráneo Occidental, las bases eran endeble. La primera escaramuza se produjo cuando Isabel, heredera de Fernando VII, debía casarse. Inglaterra abogaba por un primo hermano del marido de la reina Victoria. Francia buscaba casarla con un hijo de Luis Felipe. En 1843 los monarcas se entrevistaron y acordaron renunciar ambos a aspirar al matrimonio de la heredera del trono de España con algún pariente. Finalmente, en 1846 Isabel se casó con su primo Francisco de Asís de Borbón, duque de Cádiz, eliminando el improbable conflicto. Las cosas no terminaron allí, porque tres años más tarde se anunció el matrimonio de la hermana de la reina con el duque de Montpensier, lo cual fue visto por el gobierno británico como un medio ilegítimo de situar un príncipe francés “en los peldaños del trono”.⁴ Tampoco en este caso hubo consecuencias, porque pronto la reina dio a luz una heredera.

Segundo. Se presentó en Egipto con el dominio francés en la parte oriental del mismo mar. Egipto pertenecía al Imperio Turco, pero estaba en el poder Mohamed Alí, un comerciante próspero que llegó al frente de un ejército otomano y se convirtió en bajá. Si bien era vasallo nominal del Sultán, pronto se acostumbró a gobernar sin atender las directivas del poder central. Con el tiempo quiso hacer hereditario su cargo y más adelante disputó el poder a “su señor”. Su esfuerzo modernizador en Egipto y algún otro territorio conquistado por él, si bien fue espectacular para la perspectiva europea, quedó lisiado por voluntarista: la burocracia turca no respondía a los intereses de su jefe.

Francia fortaleció su influencia con la nueva administración. Sus técnicos fueron los principales asesores de la renovación económica, sus maestros abrieron escuelas en el país con considerable éxito y sus militares adiestraron el nuevo ejército egipcio. A través de la alianza egipcia, con la nueva monarquía de Luis Felipe a partir de 1830, los franceses pensaban consolidar su situación en el Mediterráneo oriental. Sin embargo, su política era moderada, porque temía la no deseada debacle del Imperio Turco.

La principal potencia adversaria de los planes expansivos de Mohamed era Gran Bretaña. El interés inglés se centraba en mantener una Turquía débil, pero lo suficientemente bien respaldada para evitar el pasaje de la flota rusa del Mar Negro al Mediterráneo, donde sin duda buscaría disputar su

3. De esa manera ha sido llamada la alianza entre ambas potencias.

4. Como Isabel se había casado con un hombre considerado estéril, el matrimonio de su hermana Luisa Fernanda, cobraba importancia para la sucesión del trono.

supremacía. También temía la llegada de los egipcios al Golfo Pérsico. Comercialmente, Gran Bretaña gozaba de muy buenas condiciones con el gobierno turco, su caída sólo podía presagiar más pérdidas que ventajas. El ejemplo de los monopolios estatales de Egipto no era precisamente una tentación para ellos. 1932 y 1939 fueron fechas clave en la evolución del problema, en ambos años los egipcios infligieron tremendas derrotas a los turcos. En el primer caso los rusos impidieron el descalabro turco y firmaron un tratado con Turquía que disgustó a los ingleses. Después los ingleses se adelantaron a disuadir al bajá de Egipto convirtiéndose en protectora del Imperio Turco. En este caso los perjudicados fueron los franceses por apoyar a Egipto.

Terzera. La situación de Turquía y Egipto se juntó a otra crisis por la unión aduanera de Francia con Bélgica. Más breve, pero no menos grave, era un granito de arena que agregado a la cadena de situaciones conflictivas, llevaron a un punto de tensión en el cual el gobierno de Thiers, presionado por la opinión pública, lanzó algunas bravatas que fueron respondidas por Gran Bretaña.⁵ Para reforzar su situación, los británicos consiguieron la alianza de la Confederación Germánica, muy particularmente de Prusia, de Austria y también de Rusia, en un tratado firmado en julio de 1840, donde también se consideraba la situación del Mediterráneo oriental. Finalmente, la sangre no llegó al río.

Luego de separarse de Holanda, los belgas buscaban mercados para su producción textil y su carbón. Aprovechando esa necesidad, Francia propuso la unión aduanera. Aunque los belgas rechazaron la oferta, el rey aceptó lo relativo a las tarifas aduaneras comunes. Garantes de la independencia belga, los ingleses lo consideraron el primer paso hacia la anexión, por lo tanto, incompatible con aquella y se opusieron firmemente al proyecto. Los franceses fracasaron.

Cuarta. También en Tahití hubo fricciones entre ambas potencias. Los británicos se habían asociado con el gobernante en turno para establecer sus relaciones comerciales. Al morir el rey, en 1838, los franceses se introdujeron para negociar un protectorado con la nueva reina. En 1842 ya era reconocida allí la soberanía francesa. Luego de algunos incidentes quedaron firmemente establecidos con el correspondiente descontento del gobierno inglés. El incidente más serio lo creó el predicador Pritchard, cuando apareció en Londres reclamando por el atropello francés, denunciando

5. "Si Europa nos quiere enfrentar, sólo debe intentarlo"

6. Básicamente historiadores de la época o de la segunda mitad del siglo XIX como Charles Seignobos. *Histoire Politique de L'Europe contemporaine. Évolution des partis et des formes politiques 1814 -1896.* Armand Colin, Paris, 1905. Más modernamente los trabajos de Pierre Renouvin.

la violación de jóvenes por parte de los marinos de la escuadra francesa, luego del bombardeo de Papeete.

Quinto. En 1844 había elecciones presidenciales en los Estados Unidos de Norteamérica. Triunfó James Polk, conocido por su posición en favor del ingreso de Texas en la unión americana. El problema central era con México, ya que nunca había reconocido la independencia de Texas y amenazaba con la guerra en el caso de que los norteamericanos aceptaran esa anexión. Inglaterra también buscaba evitarla porque estimaba demasiado peligroso el poderío estadounidense con la incorporación de esa región (Jay, 1948:23). Sin embargo, el gobierno francés no pensaba correr el mínimo riesgo de una guerra contra la expansiva potencia norteamericana, no estaba dispuesto al más mínimo esfuerzo para apoyar el designio británico por evitar esa posibilidad.

Cuando se presentó el problema con Buenos Aires, el gobierno francés acababa de obtener Tahití pagando una indemnización al predicador denunciante, había conseguido un tratado de tráfico de esclavos sin derecho de visita, había obtenido el perdón por el bombardeo de Tánger en Marruecos, había logrado casar a un hijo del rey con una posible heredera del trono de España, la hermana de la reina. Finalmente, se había desligado de una guerra con los Estados Unidos sin romper la *Entente*. Según la opinión de los propios historiadores franceses ya no podía pedir más.⁶ Como algo debía conceder, aceptó intervenir en el Río de la Plata. Sin embargo, otras visiones presentan como muy difícil la situación del gobierno de Luis Felipe. Tantas renuncias habían soliviantado la opinión pública y las presiones por una actitud belicista eran muy fuertes. Por la obstinación con que actuaron y los recursos invertidos, parecería más aceptable la segunda interpretación. Tomando en cuenta las condiciones en que llegaron al Río de la Plata, ambas interpretaciones son sumamente endebles.

Desde la perspectiva de los historiadores del Río de la Plata, se resalta la presencia francesa en la zona desde dos décadas atrás y, sobre todo, que a finales de los años treinta había llevado adelante una agresión contra Buenos Aires por problemas con su gobierno, debiendo aceptar la paz sin haber obtenido ventajas apreciables. Particularmente esta última situación hacía pensar en un interés francés más intenso en la agresión. En aquella ocasión actuaron con la soberbia propia de quienes se consideraban superiores. Sin embargo, finalmente habían debido ceder a las condiciones exigidas por el gobierno porteño encabezado por Rosas. Para ellos, la plaza de Buenos Aires no era tan importante como para los británicos. Cuando los galos llegaron a la zona, aquellos estaban firmemente establecidos en la capital porteña y tenían preponderancia en las operaciones comerciales y financieras. Decidieron entonces establecer su principal centro de opera-

ciones en Montevideo, desde donde creían poder abarcar toda la zona. Cuando empezó la guerra en el Uruguay, se convirtieron en los más firmes sostenedores del gobierno de La Defensa, aportando incluso contingentes de combatientes para sostener la plaza. La defensa de la capital oriental era una inversión y era necesario defenderla.

5. Intervención

La intervención se inició buscando un acuerdo entre los gobiernos de Buenos Aires y Montevideo (Cady, 1943:118 y siguientes), pero cuando el gobierno porteño intentó establecer un bloqueo del puerto de Montevideo, el comodoro J. Brett Purvis, al mando de la flota inglesa en la región, decidió obligar a las naves argentinas a retirarse de la zona, en abierta discrepancia con Henry Mandeville, “mediador” enviado especialmente desde Londres. El marino negó “a los Estados de América del Sur el derecho a proclamar bloqueos porque la guerra civil era endémica en América del sur y porque ella trababa el comercio británico” (Ferns, 1966: 267-268).

En febrero de 1845, el Foreign Office envió como embajador a Sir William Gore Ouseley, anticipándose a su colega francés, el barón Deffaudis, desconfiando de la blandura del gobierno francés. En esta oportunidad, el gobierno francés fue mucho más cauto y menos entusiasta. Apenas llegado, el británico rompió las negociaciones en curso. En cuanto llegó el francés, presentaron un ultimátum otorgando diez días para retirar las tropas argentinas del territorio uruguayo. Luego recibieron refuerzos y decidieron remontar el río Paraná para “reconocer al Paraguay” y, si fuera posible, la independencia de Corrientes y Entre Ríos. Lograron llegar a destino pero en condiciones lastimosas. El regreso fue peor, el almirante Honthan, a cargo de la escuadra inglesa, escribió en su parte de guerra: “Fuimos perseguidos por artillería volante y considerable número de tropas que nos hacían un vivo fuego de fusilería, el *Harpy* está bastante destruido, los buques han sufrido mucho” (Rosa, 1974: 223). Fue un gran esfuerzo para muy magros resultados: [...] la expedición no encontró ni acogedores clientes ni prometedores mercados, y en cambio se encontraron con impuestos aduaneros, sospechas locales, contrabando y el problema de regresar por el río (Bethell, 1991: 291).

Internacionalmente, causó muy mala impresión la imposición de la fuerza contra el derecho a la propia soberanía. El presidente de Bolivia, Ballivián, protector de los unitarios hasta ese momento, abandonó a sus protegidos, se sumó a la euforia por la forma de defender la dignidad americana y ordenó felicitar a Rosas. La prensa brasileña elogió

efusivamente la defensa de la causa americana. En Chile, un ex presidente se avergonzó públicamente de dos periódicos de Santiago por haber celebrado el ‘triumfo’ anglo-francés y lo atribuyó a sus redactores: Sarmiento y Alberdi, dos exilados argentinos. Desde Europa, José de San Martín, en vías de ser reconocido como prócer de la libertad americana, ofreció sus servicios al gobierno y fue publicada en Londres una epístola privada a Federico Dickson. Sólo la prensa oficial y oficiosa de Asunción y Montevideo celebró la derrota de la Confederación Argentina.

Pacificado el país, en manos de los blancos el Uruguay, Montevideo sostenida por recursos y fuerzas europeas, el pírrico triunfo de dos de las potencias más fuertes del mundo, se constituyó en el punto más alto del prestigio de Juan Manuel de Rosas. Los europeos no volverían a intentar la navegación por los ríos interiores de la Confederación Argentina. Los británicos buscaron la forma más rápida de salir del problema rioplatense. Hubo todavía tres negociaciones, pero las diferencias entre los miembros de la *entente* se profundizaron. Finalmente, Inglaterra firmó un acuerdo separadamente. Francia, convulsionada por la revolución de 1848, debió enfrentar el mismo trámite con posterioridad y en condiciones más inestables.

Conclusión

La imparcialidad es imposible entre los seres humanos. Edward Palmer Thompson ha evidenciado la importancia del punto de vista adoptado para el resultado de cualquier investigación o trabajo de divulgación. En el caso que nos ocupa, no podemos pensar en el desconocimiento de la historia universal en la mayor parte de los historiadores consultados, muchos de ellos dieron muestra de lo contrario en forma sobrada, sin embargo, al tratar este punto, la dejaron completamente de lado. Quizá suponían quitarle valor y gloria al triunfo americano, al poner de manifiesto y resaltar las diferencias entre los aliados europeos. Se comprende la posición entre quienes creen que su principal finalidad debe ser enaltecer el pasado de su propia nación, pero entonces no deberían llamar “Historia” a su discurso. No nos referimos a quienes pretenden utilizar el conocimiento histórico para seleccionar aquello favorable a sus hipótesis o sus intereses; la bibliografía citada incluye a una mayoría de investigadores europeos y norteamericanos serios y documentos del mismo tipo. Los dos únicos en extenderse en las diferencias entre las potencias del viejo mundo, son un francés, cuyo tema nada tiene que ver con América del Sur, y un argentino nacionalista. Esa circunstancia nos hizo más significativo el caso.

Bethell, L. (ed.) (1991). *Historia de América Latina 6. América Latina independiente, 1820-1870*. Crítica, Barcelona.

Burgin, M. (1969). *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Solar/Hachette, Buenos Aires.

Cady, J. F. (1943). *La intervención ex-*

tranjera en el Río de la Plata. Losada, Buenos Aires.

Ferns, H. S. (1966). *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*. Solar/Hachette, Buenos Aires.

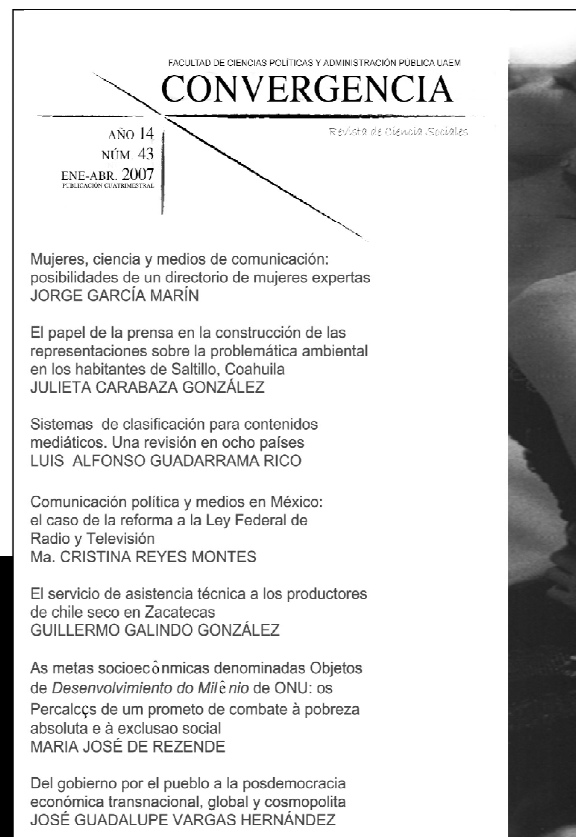
Muños-Azpiri, J. L. (1974). *Roxas frente al imperio británico*. Theoria, Buenos Aires.

Renouvin, P. (1964). *Historia de las*

relaciones internacionales. Tomo II. Vd. I. El Siglo XIX. Aguilar, Madrid.

Rosa, J. M. (1974). *Historia Argentina. Tomo V. La Confederación (1841-1852)*. Oriente, Buenos Aires.

Trías, V. (1970). *Juan Manuel de Rosas*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo.



CONVERGENCIA Revista de Ciencia Sociales.

Año 14 Número 43 enero-abril de 2007-07

Publicación del Centro de Investigación y Estudios Avanzados en Ciencias Políticas y Administración Pública de la Universidad Autónoma del Estado de México.

<http://convergencia.uamex.mx>

www.redaly.com.mx

revistaconvergencia@yahoo.com.mx

Telfax (722)215 9280